

ESCENARIOS

JOURNÉE DE NOCES CHEZ LES CROGMANONS

Seis personajes en busca de paz

José Ramón Pujante

Era como si todo el dolor del mundo se concentrase en un solo lamento, en un solo grito profundo y desolador lanzado por una persona incapaz de soportar un minuto más el miedo y la impotencia. A este grito le siguió un silencio cargado de nervios, un silencio distinto al que le precedía. Entre la realidad y la ficción, uno ya no sabía distinguir si se trataba de parte del ensayo o de un grupo de personas –que no personajes– que intentaban aliviar el duelo de los demás y el propio amparándose en el contacto físico y en la delicadeza. Pero empece- mos por el principio.

Con motivo de la 42ª edición del Festival de Otoño, Wajdi Mouawad regresó a Madrid para ensayar su obra *Journée de nocés chez les Crogmanons*. Hacía meses que no la ponían en pie y él mismo quería asegurarse de que todo funcionase como debía. Iba a estar en la capital tan solo unos días, y había dejado claro que no recibiría a prensa ni concedería entrevistas. Quienes formábamos parte del Festival sabíamos que no lo hacía por divismo, sino porque la situación que atravesaba su Líbano natal era demasiado delicada como para hacer declaraciones. Tampoco yo me atreví a preguntar. Preso de la

vacilación y el pudor, y pese a que dos de sus obras estaban en cartel en ese momento en los Teatros del Canal y hablaban del conflicto entre el Estado de Israel y Palestina, no quise preguntarle sobre cómo vivía Líbano –como víctima estratégica de los horrores de esta guerra– esta situación de alto el fuego inalcanzable. Su trabajo suele abordar los conflictos que conlleva la propia identidad en un contexto desgarrador y cruel que no parece llegar nunca a alcanzar la paz definitiva. También *Journée de nocces chez les Crog-manons* lo hace.

Yo había leído la obra en francés editada por Leméac (Actes Sud-Papiers) y podría decirse que es un texto menor dentro de la producción de Wajdi Mouawad. Frente a la contundencia de la monumental tetralogía *La sangre de las promesas*, nos encontramos aquí con una comedia trágica o una tragedia con tintes cómicos con toques de un lirismo que recuerdan a Lorca en sus obras de juventud y el tremendismo de Cela –si queremos acercarlo a nuestro imaginario literario–, que había sido traducida para el montaje teatral al árabe. Una pieza de juventud rescatada ahora por su vigencia y en la que Wajdi intercalaba fragmentos de otros textos como *Seuls*. Con ello conseguía un juego metateatral que recordaba a *Seis personajes en busca de autor* de Pirandello. Por poner un poco más de contexto, podemos señalar que el reparto estaba conformado por un grupo heterogéneo de actores y actrices –seis en total, curiosamente– de distintas edades, la mayoría de ellos procedentes del Líbano salvo por un actor parisino –trasunto del propio Wajdi en la ficción– que era el único que no hablaba árabe en la obra.

Antes del grito yo ya había tomado la resolución de escribir algunas notas por puro interés académico. Fue después cuando

pensé en darle forma de artículo al ver que era importante que alguien más conociera lo que allí pasó. Dividido entre la lealtad a la privacidad del ensayo y la conveniencia de compartir desde un punto de vista humano lo que tuvo lugar esos días, me decidí a publicar esto desde una empatía y respeto sinceros y profundos, convencido de que lo íntimo es siempre político y lo privado rara vez no afecta a lo público.

Aquel día empezaron el ensayo trabajando en mesa y yo me situé en un extremo de la sala para no molestar y no llamar demasiado la atención. Los textos de Mouawad son siempre complejos e intrincados, llenos de giros y entramados familiares, urdidos con una estructura rizomática siempre complicada de desentrañar. Me intrigaba ver cómo trabajarían esta obra –más sencilla en su factura– después de meses sin ensayar. La mesa en torno a la que se había dispuesto el equipo encabezado por Wajdi –y que incluía al asistente de dirección y a la responsable de la producción en gira– estaba llena de comida, textos, bolígrafos y agua. Hacía algo de frío y tratamos entre todos de que el espacio fuera lo más confortable posible. Tras una breve charla a modo de toma de contacto, comenzaron una lectura sin interrupciones, en la que eran los propios actores los que se iban dando indicaciones y ordenaban sus réplicas. Wajdi apenas intervino. Se quedó en silencio, observando cómo se iba desarrollando el ensayo y era el asistente de dirección quien daba las indicaciones o iba leyendo las aco-taciones. Aún el enfoque era más mental que físico. Había espacio para la risa, pero el estado de concentración era máximo.

Una vez que terminaron la lectura de texto pasaron a ponerlo en pie. Hicieron una breve pausa en la que el asistente aprovechó para dar algunas notas y, tras esto, llegó



© THÉÂTRE NATIONAL LA COLLINE

Journée de nocces chez les Cromagnons fue escrita por Mouawad en 1991, cuando tenía 23 años.

el momento de introducir el movimiento. Todavía era algo rústico; sin llegar a ser ‘a la italiana’, pero sin mucho artificio. “Bom bom”, decía el asistente cada vez que sonaba la explosión de una bomba en el texto. “Bom bom” decía una y otra vez. Hasta aquí, todo era normal y bastante rutinario –clásico, incluso, si se quiere–. Hasta que, en un momento dado, un silencio más largo de lo habitual seguido por un suspiro profundo me hicieron levantar la mirada y poner la atención en los actores. Una de las actrices no podía continuar: se había quedado muda y le costaba respirar con normalidad. Y entonces llegó el grito.

Era un ataque de ansiedad que paralizó el ensayo. Y lo que a priori parecía algo íntimo se convirtió pronto en algo colectivo. En un problema de todos. Wajdi dejó que ella se tomase su tiempo para retomar la escena. Todos fueron a abrazarla. Yo me quedé

inmóvil, sin entender lo que se decían entre sí, pero comprendiendo lo delicado de la situación. Ver a una mujer adulta llorar y gritar de esa manera no es comparable a nada. En estos tiempos en los que tan a la ligera se habla de salud mental, ver esa escena tan humana, hacía recordar lo duro que es a veces enfrentar determinadas situaciones encima de un escenario. Trabajamos con emociones, desde distintas sensibilidades, y con un material del que resulta muy difícil separarse cuando tu propia vida atraviesa tantos estados diferentes. Entendí pronto que el texto que estaba trabajando la actriz de origen libanes le estaba atravesando como un obús en el corazón –parafraseando otro título de Mouawad– sin dejarle opción a respirar.

Superado el momento terrible de agonía que vivió la mujer, el ensayo prosiguió con cierta normalidad y cuando terminó su escena, se apartó un momento para mirar su

Realidad y ficción se diluían con el llanto de todos los que estaban en la sala. Yo aguanté las lágrimas porque no quería que me viesan llorar. Las lágrimas occidentales no servían de nada ahí. Lo que tantas veces había visto resumido en titulares se tornaba ahora real y doloroso delante de mí.

teléfono móvil. Lejos de servirle para desconectar, pronto pude observar un gesto de estupor que le quebró la mirada. De fondo se oía de forma incesante el “bom bom” que el asistente del director gritaba cada vez que un proyectil estallaba en escena. Ella se llevó la mano a la boca, como queriendo evitar que se escapara otro grito. De poco sirvió el gesto y los intentos de silenciar lo inevitable. Manoteó, hizo aspavientos, negó con la cabeza. Llamó a la otra actriz y le dijo algo en libanés. Ahora también ella se llevaba las manos a la boca. “Bom bom”, otra bomba. Cada vez más nerviosas, miraron al actor joven, que estaba en escena ensayando ajeno a lo que hablaban las dos mujeres, y en cuanto

terminó su parte, lo llevaron a un lado. El actor parisino pasaba su texto mientras los demás aprovechaban para tomar algo o beber agua. Las dos mujeres y el actor libanés se pusieron a consultar algo en su teléfono. Él hizo pronto el mismo gesto que hicieron antes ellas –vistas las tres reacciones tan seguidas, parece que el horror siempre quiere salir por la boca–. El ensayo se detuvo. El asistente de dirección cesó el bombardeo ficticio. El ambiente era tan tenso que el único bombeo que se escuchaba en ese momento era el de la sangre en los corazones de los actores libaneses rompiendo el silencio de la sala de ensayo.

Busqué en internet: “Líbano hoy”. La chica que se encargaba de la producción en gira se acercó a mí. “The army has attacked Beirut”, me dijo en un susurro. “Lo sé”, le contesté en inglés. Pero ese titular que me daba ella no resumía en absoluto el dolor y el miedo que acababa de presenciar yo desde el lugar que ocupaba en la sala... Ya no había sonrisas cuando los actores y yo cruzábamos miradas. Había resignación, empatía, dolor, tal vez una mirada de “sé lo que está pasando, pero no puedo entenderlo”.

Israel había bombardeado Beirut, capital del Líbano, ciudad donde residen los actores y lugar de nacimiento de Mouawad. Hace más de cuarenta años que la familia de Wajdi huyó de la guerra y la obra que estaban ensayando habla del Líbano y de esa guerra –una distinta a la de ahora; como si todas las guerras no fuesen la misma...–. Realidad y ficción se diluían con el llanto de todos los que estaban en la sala. Yo aguanté las lágrimas porque no quería que me viesan llorar. Las lágrimas occidentales no servían de nada ahí. Lo que tantas veces había visto resumido en titulares se tornaba ahora real y doloroso delante de mí.

Pero parecía que se libraban. Las actrices se recompusieron. Los actores se echaron las manos al pecho y suspiraron con alivio. Comprendí que sus allegados estaban bien. Wajdi estaba en silencio. Observando el miedo. Después de comprobar que todos sus conocidos estaban vivos, retomaron el ensayo. Las líneas del texto francés se entremezclaban con las del libanés. La ficción se iba hilvanando con la realidad. La identidad sobrevenida con la heredada. El idioma de la madre con otro impuesto —¿cómo se puede colonizar el dolor?—. En la ficción, el personaje que interpreta al autor dice que va a escribir una obra sobre Líbano en francés. Llama a su padre ficticio y le cuenta lo que quiere hacer. Minutos antes, imagino que el otro actor había llamado a su padre real para ver si estaba vivo. “Hay una parte del mundo que no tiene miedo y que escribe sobre el miedo de los demás, como hago yo ahora”, escribí entre mis apuntes. El actor francés comenzó un monólogo sobre el dolor que le provocaban los recuerdos de la guerra. Yo no entendía lo que decían las líneas en árabe, pero podía ver cómo las actrices libanesas se emocionaban mientras se sucedía el ensayo. Hasta que llegó la hora de terminar, se dieron las notas de dirección, y se hicieron planes para el día siguiente. “Después de todo, siempre hay que pensar que habrá un día siguiente”, anoté.

El segundo ensayo llegó y todo parecía ir a otra velocidad. Con una celeridad diferente. Retomaron con otra alegría. Parece que se declaraba el alto el fuego en el Líbano. Aún no en la franja de Gaza. Todavía no para Palestina. La noche anterior, el actor joven y yo habíamos ido a tomar algo después de la función. Nos unía la juventud, no las circunstancias. Nuestras guerras, las de los que habitamos esta parte del mundo, son

internas y se suelen resolver con medicación y terapia. Las bombas son otra cosa. Estuvimos hablando de la depresión, sí, del amor y de otros asuntos. Tomamos piña colada, la mía sin alcohol. El actor joven me contó que su madre estaba triste. Mejor retirarnos y terminar la noche ahí. Me dio las gracias por la velada. Al día siguiente, antes del ensayo, me contó que la casa de su infancia había sido completamente destruida, por eso su madre estaba triste. Su familia lo había perdido todo, pero no la vida. Qué relativa es y cuántos dolores caben en la palabra tristeza...

El último ensayo sucedió como si no pasara nada. “Bom bom” volvía a gritar el asistente cada vez que debía entrar un efecto de sonido en la obra. En ese segundo ensayo sonaba diferente. “The show must go on”, anoté. Fui hasta el hotel donde se alojaba todo el equipo y el encargado me dijo que había habido un problema en una de las habitaciones. Alguien había fumado y había saltado la alarma. Le pedí paciencia y le expliqué la situación que estaban atravesando. Él se hizo cargo y me dijo: “Pues mejor no les digas que este hotel es de una cadena israelí”. No supe qué contestar a eso. Camino al teatro pasamos por un escaparate donde estaban proyectando imágenes de guerra. Una de las actrices parece que reconoció el Líbano. La imagen cambió rápido por otra de la bomba atómica. Prosiguieron la marcha. Yo hice lo mismo.

Volvimos al teatro y los intérpretes sacaron su teléfono para grabar el vídeo promocional de la obra y hacerse fotos junto al cartel. “Son jóvenes y tienen ilusión por el estreno”, pensé. “Su vida sigue sucediéndose y alguien hará una obra de teatro sobre ella. Espero que una que por fin hable de paz”, anoté al final de mi cuaderno de apuntes sobre un ensayo de Wajdi Mouawad •